

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ante la perspectiva de que vendan por hierro viejo la *Numancia*, «*enlucada navis qui primum terra circumdedit*» se ha estremecido la fibra patriótica de Mariano de Cavia, que hace un llamamiento a todos los españoles, y, en especial, a los navieros y negociantes bilbaínos. También *El Nervión*, periódico meritísimo, se asocia a esta campaña. Y, al parecer, la excitación no ha caído en saco roto. El barco, gracias al cual España ha sido en algo primera, no será desguazado y entregado al traperero o ferranchinero de ocasión. Su armadura, su casco venerable, será guardado con el respeto que merece. ¡Oh, si España se guardase a sí misma con ese mismo respeto!

Anteayer, en una excursión a Alcalá de Henares, visité el Gobierno militar, que se halla instalado en un antiguo convento. No es de los de mayor interés artístico, pero es, sin embargo, un edificio bello y noble. En la fachada, sobre los altos lienzos de ladrillo rojo, se perciben las señales del lugar que ocupaban dos grandes medallones y dos escudos, que decorarían el frente. Nadie recuerda desde qué tiempo está desguarnecida de sus adornos y blasones la fachada. Dentro, la iglesia, vasta y grandiosa, se encuentra despojada de sus altares, de sus retablos, de cuanto la guarnecía. Hoy, por lo menos, ya no sirve de depósito de material ni de cuadra de caballos, como habrá servido en otros días, seguramente, a raíz de la desamortización.

Y esta iglesia y este convento no son, repito, un tesoro de arte; pero todo vale, en el conjunto de la riqueza de una nación, y ojalá que al menos estuviesen los demás edificios nacionales en pie y no en ruinas, pues algo es que se conserven, aun en mal estado y desmantelados y con las huellas del saqueo popular.

Estos mismos pensamientos, sólo que más tristes aún, me asaltan, al recorrer casas de anticuarios. En ninguna parte se ve como en ellas la liquidación de nuestro patrimonio artístico, el despojo de que han sido víctimas nuestros conventos, iglesias, casonas y palacios. Las tallas pintadas y estofadas; los arcones, con sus labores curiosas y prolijas; las telas de oro, seda y reales, que cubrieron algún palio o formaron el frontal de un altar; las doradas consolas que amueblaron salones, y los espejos en que se reflejaron aristocráticas figuras de beldades muertas, y que parecen conservar, en su verdoso reflejo, algo de esos rostros para siempre olvidados; las piedras de armas y los capiteles del Renacimiento, con sus bichas y sus volutas caprichosas; los retratos de cuerpo entero, de fastuosos ropajes, que tan bien encajan en las antepasadas; y vestíbulos; los cálces de plata, de diseño maravilloso; los muebles riquísimos, de concha, marfil y plata; los cofres de cuero, que traen a la memoria el del Cid; los velos de sagrario; las prodigiosas custodias arañas; tanto y tanto tesoro... ¿qué significa? Que un sinnúmero de ciudades y pueblos españoles han sido entrados a saco, que en ellos ya no existe lo que en otro tiempo pudo llevar allí al viajero, al turista... Es verdad que ni el viajero ni el turista, que yo sepa, siendo españoles, se han dado gran prisa a visitar esas ciudades y esos pueblos.

He aquí que el Teatro Real no encuentra licitador. Aparte del perjuicio que se les sigue a las familias que vivían del Teatro Real, coristas, comparsas,

maquinistas (y no me resuelvo a decir encargados de la limpieza, porque no veo que se limpie el Teatro nunca), no me parece lamentable que, en el estado en que se halla, permanezca desierta la licitación para el arriendo, ni que no haya este año temporada teatral.

El profundo malestar económico que se deja sentir, explicaría suficientemente, y hasta añadiré que justificaría, la falta de ese espectáculo tan caro y que no compensa el precio, sino raras veces y si asoman divos famosos.

Además, hay ahora en Madrid, funcionando, una cantidad de teatros que tal vez excede de lo que pudieran explicar las circunstancias. Y la verdad es que todos se sostienen, y que nunca se ha ido tanto al teatro, llegando a veces el caso de no haber localidades en taquilla. En una función de la prensa, a diez duros los palcos, había puñaladas para obtenerlos.

La Xirgu, de esta vez, ha conquistado su público en Madrid. No había sucedido así las primeras temporadas en que aquí trabajó esta actriz digna de todo elogio. Ni Borrás ni la Xirgu se han aclimatado en Madrid desde luego. El público de Madrid necesita tiempo para acostumbrarse a un actor, sobre todo si le han dicho que es un actor de altura. Al principio, se muestra frío y receloso.

Poco a poco, sin embargo, va habituándose, y aun cuando con Borrás y la Xirgu no llegue a tener la confianza e intimidad que con Loreto Prado o con Mesejo, ya se siente capaz de apreciar su arte y hasta admite su repertorio.

La Xirgu, este año, en este terreno de la familiaridad con el público, ha avanzado bastante, al interpretar el personaje de *Mariela*, arreglo escénico hecho por los Quintero de la conmovedora novela de Galdós; un acierto, entre tantos errores como se cometen a veces. Un doble acierto, porque no se supiera imaginar cosa más adecuada a la personalidad artística de la Xirgu que ese papel lleno de matices de ingenuidad sentimental.

La Nela es una figura que puede ponerse al lado de la Mignon de Goethe y la Graziella de Lamartine y de tantas cuyo único papel en el mundo es sentir, amar, morir. El casto idilio que se desarrolla en las minas de Socartes, basta por sí solo para que reconozcamos en Galdós esa facultad poética, no inconciliable con el realismo más sincero y castizamente español.

¡Cómo se ve siempre, en todo lo que de tal maestro procede, la mano creadora! No hay figura en *Mariela* que no lleve ese sello, en que la verdad se hermana con la poesía. *Mariela* es un tipo natural y un tipo soñado, sin que ninguna de las dos condiciones le falte. Su amor es natural, naturales sus celos, natural su ilusión, natural su replegarse, como fierecilla herida, y ocultarse en la cueva, y querer refugiarse por fin en la muerte. La Xirgu encarna la figura, que apenas puede llamarse romántica, pues está dentro de lo normal, con una perfección sorprendente. Sus movimientos son prodigiosos. Sus gestos, una creación y el baile inquieto de sus pies descalzos y ágiles, una maravilla.

No hay que regatear elogios a la labor de los hermanos Quintero, los adaptadores. Han recortado el drama con una tijera, lo han cosido con respeto, sin alterar nada fundamental. Yo espero que no abandonen el camino donde en tan buen hora entraron. Hay mucha tela en Galdós, para dramas, comedias y hasta tragedias. El elemento dramático y el cómico abundan en la obra galdosiana. Es materia prima muy fácil — relativamente, claro es; estoy hablando de los Quintero — y el darle corte escénico depende sólo de la probadísima destreza de los dos insignes autores.

He asistido al estreno del drama de Federico Oliver *El crimen de todos*, que ha sido aplaudidísimo, gracias a Dios. Y digo gracias a Dios, porque, dada la tendencia y orientación del drama, sería triste síntoma que lo hubiesen recibido con frialdad o con disgusto.

Federico Oliver es de nuestros mejores autores dramáticos. Es, además, en las obras de época moderna, muy castizo. No parece ejercer sobre él ningún influjo el teatro extranjero, y en este particular pertenece a la falange de nuestros costumbristas teatrales, destacándose entre ellos por el propósito y tendencia de reforma que descubiertamente manifiesta y realiza.

No ha dejado Oliver de cultivar otras direcciones, y yo recuerdo un drama suyo, *La esclava*, digno de un éxito que no tuvo, tal vez por lo mismo que era pura obra de arte, y el público de arte no se cura. Fué también una revelación de sus facultades el dra-

ma regional *La Neña*, en el cual hay cuadros y escenas encantadoras. Hoy, las tendencias de Oliver son de regeneración nacional. Estas tendencias nos han valido ya dos obras muy dignas de consideración, y que contienen una sátira aguda e intencionada contra dos de los más graves defectos y extravíos nacionales: la divinización de la torería, y el flamenquismo, chulismo y matonismo.

No cabe duda que sería extraño si tales lunares, o por mejor decir tales úlceras, no encontrasen un cirujano dispuesto a aplicarles el cauterio. Costa lo hizo, a su manera, y entre otros temas, también trató éstos; Oliver ahora los lleva a las tablas, donde pueda la multitud hacerlos suyos, y acaso reflexionar sobre lo que significan y los peligros que entrañan.

La divinización de la torería pareció a Oliver, y con razón, algo ignominioso y bizantino. Una cosa es ir a los toros, y hasta aplaudir a un diestro, otra esa apoteosis, ese ridículo fanatismo por los toreros subidos al grado de «fenómenos» y de «colosos» cuando burlan el cuerno o hunden el estoque. Y, peor que todo, el desquiciamiento que supone el hablar incesantemente, y no sólo hablar, sino escribir, sin tasa, a chorro, de la fiesta taurina, como si no hubiese ni nada más grato, ni nada más urgente en qué pensar y de qué ocuparse.

Lo que debiera ser, a lo sumo, una diversión más, algo cruel y muy pintoresca, se ha convertido en una religión, y eso no puede sufrirse, y contra eso va la sátira de Federico Oliver; contra ese culto que nos marca con sello de decadentismo, como marcó a la Roma degradada y al Bizancio afeminado el culto del gladiador, porque ciertos síntomas sociales, a distancia, los reproduce la historia. Claro es que Oliver no se proponía desterrar las corridas de toros, sino sencillamente reducirlas a su límite, contener ese detestable entusiasmo.

Y hoy, al atacar a los matones y chulos de oficio, tampoco pretende que en alguna ocasión no puedan los celos ofuscar la mente y mover el brazo. El resorte que impulsó al chulo asesino, en *El crimen de todos*, no es cosa privativa de España; pero sí lo es quizás — aun cuando en Francia no hayan dejado de verse, sin chulería, casos análogos — la simpatía y hasta el aplauso que recoge, y ese dictado de «valiente» que se tributa a la mayor cobardía, al abuso de la fuerza contra una mujer, violentando sus sentimientos, queriendo apoderarse de su corazón, o, si no se logra, atravesándolo con bala o cuchillo...

Es de las más detestables invenciones de nuestra edad debilitada el «crimen pasional». Con este nombre especioso, se cohonestan las acciones más inicuas. Entre veinte crímenes pasionales, habrá uno, quizás, que pueda, humanamente, ser disculpado. Los restantes son tan reprobables como los que no enarbolan el penacho de la pasión.

Y por esta simpatía, y esta excusa prevenida siempre para el llamado «delincuente pasional» tiene razón Oliver cuando titula su drama *El crimen de todos*. La sociedad, al prevenir al individuo la impunidad y hasta la aprobación cuando mata, es tan criminal como él; es, en efecto, cómplice, y caso diré que más culpada que el mismo autor de la fechoría; porque al fin éste procede obedeciendo a un impulso propio, bastardo y censurable, pero que se determina por móviles internos, y la sociedad no obedece sino a las sugerencias de su debilidad y degeneración, sin interés ni provecho, al contrario, con daño general.

Por eso el drama de Oliver pone el dedo en la llaga. A mi alrededor oía yo repetir: «Esto es una verdad como un templo.» «Así sucede.» «¿Se acuerda usted del caso H, del caso B?» «¡Si lo mismo, una cosa parecidísima, traía ayer el periódico!»

Y creeréis lo que queráis, pero no me parece flojo mérito éste, y no se trata de actualidad efímera, sino de lo que va siendo constante, del vicio social consolidado, de la úlcera, como antes le llamé, escondida en el organismo y tal vez incurable... Las nociones de lo que es el valor, de lo que es la dignidad, palabras que al pueblo bajo de Madrid no se le caen de la boca, conceptos que tal vez en efecto le interesan, están por rectificar, y no sé si se rectificarán nunca. Supondría el conseguirlo una reeducación entera del sentir popular.

La Cobeña estuvo admirable en el papel de la madre del chulo. El carácter del personaje es un singular hallazgo psicológico. Es la madre *natural*, la que prefiere al hijo perdido y criminal, al hijo honrado y de elevado criterio, sin que por eso deje ella de ser una mujer virtuosa, buena... También ella es cómplice, cómplice involuntaria, y a la vez, víctima del «crimen de todos».

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.